Por eso, y confiando en la benevolencia que siempre me ha otorgado la Academia, me he propuesto ofrecer á su consideración otro informe, aparte del presente y lo extenso que merece asunto tan importante para el honor de nuestra patria.

Madrid, 23 de Octubre de 1903.

José G. de Arteche.

IV.

LA TELÚRICA, LAS NACIONALIDADES Y LA MILICIA.

El libro que, con el título de La Telúrica, las Nacionalidades y la Milicia, acaba de publicar el general de brigada Excelentísimo Sr. D. José María de Casanova, y cuyo informe á esta Real Academia ha sídome encomendado por nuestro ilustre Director, forma un grueso volumen de 724 páginas de excelente impresión, una hermosa y simbólica portada y el retrato del autor. Ese título está poniendo de manifiesto por manera elocuentísima que no es á este nuestro Cuerpo literario á quien corresponden, al menos en todos sus extremos, el examen y la calificación para que, á solicitud del Ministerio de la Guerra, nos envía el de Instrucción pública una obra que abraza tales y tan varias y complejas materias del saber humano. Otras son las Academias, la de *Ciencias exactas, físicas y naturales*, y la de *Ciencias morales y políticas*, á quienes compete el estudio y juicio del libro del Sr. Casanova, y á quienes habrá consultado el Ministerio de la Guerra, dejando para ésta de la Historia la parte que pueda corresponderle según su instituto y jurisdicción.

Y, con efecto, si al leer la primera parte de la obra del señor Casanova, esto es, el tratado de la Telúrica, se detiene el lector á observar, no solo el fondo de ese trabajo, lo que puede llamarse su esencia, puesto que se refiere á la del objeto á que se

dirige su estudio, sino que también el carácter y la autoridad de los que le sirven de apoyo en tan abstrusas lucubraciones como las suyas, comprenderá que, ni como astronómicas, ni como geológicas y geométricas, corresponden á las funciones de esta Academia. La Mecánica celeste ni la Cosmología son ciencias que aquí se cultiven; y aunque la mayor parte de nuestros consocios lo hagan ó hubieren hecho, no por eso irán á declararse jueces, y mucho menos jueces oficiales de los que se dediquen á ese estudio. Yo no necesito sino manifestar á la Academia cuál es el índice de ese tratado para hacer comprender su incompetencia oficial para juzgarlo. «La Telúrica.—El Firmamento.—La tierra.—La vida en el planeta.—El Hombre.—Las razas.—La Sociología y sus relaciones.»

¿Para qué, pues, gastar tiempo en mayor exposición ni en más demostraciones de esa incompetencia en este caso?

La segunda parte de la obra del Sr. Casanova comprende el estudio, y así se denomina, de LAS NACIONALIDADES.

Ya en ella se toca algo que entre en la jurisdicción de esta Academia, algo que aquí pueda y aun deba enunciarse y discutirse. Solo cabe nos detenga la idea del rumbo que haya tomado el autor en la explicación de su tema.

¡La Filosofía de la Historia! ¿Cómo no dirigirse al objetivo propuesto en esa parte del laboriosísimo é importante trabajo que estamos examinando? ¿Será conveniente aquí, en la ocasión presente, seguir al Sr. Casanova en su camino?

Al hacer un símil en la marcha progresiva de la Geografía y de la Historia, diciendo de la primera que Kant, Humboldt, Ritter y otros la llegaron á trocar en ciencia comparada, «alcanzando, dice, mayores vuelos tal vez que los que debiera tener», añade nuestro autor que, «si esto ha pasado con la geografía, con la historia, con esa ciencia, tan esencial para su trabajo como lleva dicho, ha tenido lugar un proceso similar; efectivamente, se considera bajo tres aspectos: historia de los hechos que es la historia propiamente dicha; el estudio de estos hechos que es la filosofía, los principios; y la relación de estos hechos, con los principios, que es la ciencia de la filosofía de la historia,

ciencia que trata de fijar las leyes que rigen el desenvolvimiento y destino de la humanidad; es decir, investigar las causas de las cosas: Aristóteles, añade, llamó á la evolución causa de las causas; Vico, Bossuet, Herder, Spencer y otros muchos, han tratado la materia bajo bien distintos aspectos; por lo mismo creemos deber decir que la humanidad, como la naturaleza, obedece á leyes irrecusables, y que si la ciencia ha determinado las que á esta última se refieren, en lo que á la humanidad respecta, ni la filosofía de la historia, ni la ciencia sociológica han podido llegar á que esta justa aspiración del hombre traspase ciertos límites, y en tal concepto hay que tener á dichas ciencias».

Y continúa el Sr. Casanova en el párrafo que inmediatamente sigue al anterior acabado de transcribir:

«Las leyes existen, no hay duda; el hombre ha evidenciado unas, persigue otras y pretende saberlas todas; pero como los hechos sociales son tantos como extrema su variedad, constituye tal condición una barrera difícil de franquear, y que el hombre pueda formular esas leyes con la precisión matemática con que se señalan las de la naturaleza orgánica.»

Aquí vemos al Sr. Casanova revelar los comienzos del conocimiento de la Filosofía de la Historia, nombre que daba Voltaire á la serie de frases punzantes en que tanto abundan sus escritos más ó menos burlescos, críticos ó históricos. Muchos nombres podrían añadirse á los que el autor del estudio de Las Nacionalidades consigna en su libro como de padres ó como de maestros de la ciencia histórica á que se refiere. No hay sino acudir á la *Introducción* de la obra verdaderamente magistral de César Cantú, y su lector hallará no solo un arsenal inagotable de nombres de escritores de todas las edades del mundo histórico y de sus varios métodos de enseñanza, sino que también el juicio concienzudo y sereno del egregio autor de la *Historia Universal*, premiado en sus últimos años con la Gran Cruz de Isabel la Católica á propuesta de esta Real Academia.

Allí se da idea cabal de cuantos elementos han entrado en la nueva evolución porque la ciencia histórica ha pasado desde las rapsodias griegas y las crónicas de la Edad Media á la nueva

época, en que esos mismos ingenios que nos cita el general Casanova dan á conocer lo que alguno llama la *Ciencia nueva*, la historia que, no satisfecha con la simple narración de los sucesos, necesita escudriñar las causas que los produjeron, comentarlos y dar á entender el porqué de sus éxitos felices ó funestos. Y por eso Bossuet, cuantos historiadores y filósofos nos trae á la memoria el Sr. Casanova y cien otros, con pensamientos distintos y métodos diversos de exposición, han ido de descubrimiento en descubrimiento, de examen en examen y de deducción en deducción, ejercitándose en el arte, en la escuela, en la ciencia, por fin, filosófico-histórica, única hoy admitida para el conocimiento de lo pasado y la previsión de lo porvenir.

Si yo no me hallara agobiado por el peso que los años hacen gravitar sobre el espíritu como sobre el cuerpo, me engolfaría en la disquisición de la serie de ideas esparcidas en el libro del general Casanova referentes al punto de las Nacionalidades, serie que comprende desde el origen de los pueblos y de las sociedades más antiguas la constitución de los en que se columbra y luego aparece la cultura de los hebreos, griegos y romanos, cuya historia nos hace el autor lo breve que requiere el pensamiento de su obra. *El Cristianismo*, después, y *Las Religiones*, *El Feudalismo* y seguidamente *El Renacimiento* y *La Reforma*, constituyen capítulos diversos, de los que no hacemos sino enunciar aquí el título, porque sería, como acabo de decir, engolfarme en discusiones en nuestro concepto extrañas al examen que se me ha encargado.

Merece, sin embargo, excepción, por otra parte ineludible, el estudio que hace el general Casanova, después del ya indicado de las primeras nacionalidades hasta las modernas, cuyo advenimiento anuncian la formación de los imperios franco y alemán, las Cruzadas y el Renacimiento con la Reforma y todo su influjo en el estado social de nuestros tiempos, que hace, repito, el general Casanova de nuestra España desde la entrada en ella de la Casa de Austria. Algo adelanta en ese estudio con retroceder al de la notabilísima personalidad de Fernando el Católico, descrita magistralmente por Maquiavelo y por no pocos de nuestros milita-

res contemporáneos, fundador con su nunca bastantemente ponderada esposa, Isabel la Católica, de la monarquía genuinamente española que acabó por dominar, con sus armas y las artes de su soberano, una gran parte, la más culta é influyente de Europa, y además se hizo dueña del vasto continente descubierto por Cristóbal Colón. A tal grado de admiración eleva nuestro autor la suya á Fernando V, que se rebela contra el filósofo florentino y contra cuantos acusan á aquel soberano de ingrato para con el Gran Capitán, con el descubridor del Nuevo Mundo y con el mismo Cisneros, fundándose, aunque no fuera por más, en frase parecida á la célebre de Bismarck, la de que «El fin justifica los medios».

Ante esa personalidad del ínclito Aragonés extasíase el general cuya obra estamos examinando; pero más todavía ante la del Emperador, hijo de la infeliz Doña Juana y de su versátil y fatuo marido.

Después de enumerar los al *parecer* innumerables viajes del ínclito Emperador á través de Europa y á la costa de África, así como sus varios triunfos sobre ligas, imperios y reinos que conspiraban contra su inmenso poderío, celosos sus soberanos de quien, según Macaulay, dominaba *la Tierra* y *el Océano*, va el general Casanova explicando el porqué de la decadencia á que España fué precipitándose en los reinados que sucedieron al de Felipe II, en que el tratado de Cateau-Cambresis marcó el que nuestro autor quiere señalar como *punto que determina el inicial de esa nuestra decadencia.*

Lo que marcó aquel tratado en 1559 fué el apogeo de la grandeza de España cuando Francia, única potencia que se atrevía á rivalizar con nuestra patria, había sufrido el desastre irreparable de San Quintín. Sobrevinieron las rebeldías de Flandes; y cuando los Alba y Austria parecían haberlas sofocado, surgió en Francia la eminente figura de Enrique IV para darlas nuevo aliento y causar el enflaquecimiento y, con la muerte de Felipe II, la decadencia de la poco antes floreciente España. Ni la anexión de Portugal en 1580, ni los alardes de Alberoni después, y por último el magnífico de la guerra de la Independencia, han logra-

do contener el descenso potencial de España, efecto lamentable de la torpeza de sus gobernantes y de los descalabros que ha producido. De torpeza en torpeza y de descalabro en descalabro hemos caído, con efecto, en el insondable abismo, del que solo podría sacarnos la unión de todas nuestras discordes voluntades, la explosión de un patriotismo tan eficaz como verdadero, y la dirección de una inteligencia tan elevada como la de los que crearon la anterior grandeza de España.

Esa parte de su obra la termina el general Casanova con un resumen, así lo llama, en que saca á plaza á nuestros maestros más distinguidos y, aunque no todos del fuste que él les atribuye, aquellos que, generalizando la ciencia militar, como el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Almirante, Villamartín y otros, autores modernos los últimos, han tratado, y con éxito, de resolver los más arduos problemas planteados por los antiguos y los que las condiciones de las sociedades modernas han tendido á reducir á asuntos económicos, políticos y hasta religiosos, en vez de los que pura y prácticamente no habían pasado antes de la esfera de los campos de batalla.

«Dada, dice, y reconocida la preferencia que tiene el problema económico, el militar ha de ser resuelto tal y como se impone, reservándonos la tercera parte de nuestro trabajo para este objeto, siendo natural que la política y la religión entren dentro de aquellos límites que el equilibrio social les concede.»

Y dentro ya del recinto, se puede decir, de ese tema, el general Casanova nos saca á discusión las principales nacionalidades, Inglaterra, Francia y Alemania, así como tipos de organización social, política y militar, capaces por lo mismo de influir poderosamente en los destinos del mundo. «La base de este estudio, dice, es considerar á Inglaterra como gran nacionalidad genuinamente económica, marítima, política y militar, del mismo modo que Alemania lo es militar, económica, política y marítima, y Francia política, económica y militar á la par que marítima, debiéndose observar que si estos factores figuran en distintos órdenes, han hecho llegar á los pueblos que así lo muestran á la cabeza de la humanidad...»

Pero, así como para que no pueda echarse en cara un olvido en que no caerían sus lectores, añade á ese párrafo que de propósito hemos truncado en obsequio á la brevedad: «El análisis y la meditación nos han de llevar á las conclusiones buscadas en este estudio, sin necesidad, en obsequio á la concisión, de comprender con las mismas extensiones que las nacionalidades dichas, á Rusia, Austria, Italia, los Estados Unidos y otras nacionalidades, pues con lo dicho hasta aquí y de las resultantes que ahora se obtengan, podremos llegar, no con dificultades muchas, á las necesarias y lógicas deducciones.»

Y atribuyendo á España el hacer plaza á Inglaterra que, no solo según el general Casanova, sino como da á entender el también general Moraes Sarmento, del ejército portugués, en su reciente obra *A Defesa das Costas de Portugal E a Alliança Luso-Ingleza*, tomó el puesto que ocupaba nuestra patria á favor de sus más eminentes hombres de Estado, nuestro distinguido autor va explicando esas variantes que había señalado en las condiciones de la Gran Bretaña respecto á las demás nacionalidades citadas á su lado. Y en cuatro capítulos que se titulan *La Filosofía y el Estado*, *El Problema económico*, *La Política* y *El Ejército*, aunque no sin grandes explanaciones, necesarias precisamente en materia tan abstrusa rozándose con todas las filosofías, narra no solo las peripecias que han ido cambiando la faz político-social del Reino Unido, sino también las que han contribuído á esa constitución militar en que no sabe qué extrañar más, si el espíritu conservador intransigente de las costumbres que la informan, ó los éxitos que, á pesar de eso, han conseguido sus armas.

Lo que ha hecho respecto á la nacionalidad británica lo hace el general Casanova al juzgar la francesa. Solo que empieza con la semblanza del soberano que no hace mucho he citado, la de Enrique IV, de quien dice al terminar el capítulo I: «Enrique IV preparó la Francia, salvándola entonces, para las luchas del porvenir, en las actividades todas del hombre, mostrándole los caminos para la segura llegada; despojó á las clases absorbentes del Estado de todo cuanto podía redundar en beneficio de aquel

pueblo que veía morir, é hizo abstracción de todo para sí propio, siempre que en beneficio de la patria resultara; ¡bien harán los franceses en rendir culto y perpetua memoria al que fué para ellos, según nosotros, el Rey de sus Reyes!»

En lo que se refiere á *El estado social*, el general Casanova parece haberse propuesto dar un curso de la ciencia que también lleva ese mismo título, en el que de seguro se acabaría por un trabajo sin fin ni fruto para el que se ha pedido á esta Academia, como en el estudio del cap. III, titulado *Estado Político*, no obtendríamos ninguno tampoco útil, tratándose en él de principios y bases de constituciones nacionales en cada pueblo diferentes, acordes al genio, los usos y la historia de cada uno. Así es que el Sr. Casanova tiene que barajar á cuantos ha sujetado á su examen, llegando de ese modo al de la nacionalidad alemana, á la que dedica una importancia proporcional lógicamente á la política que le han dado los últimos sucesos que en gran parte han cambiado la faz de la Europa actual.

Verdaderamente el epígrafe que el general Casanova estampa á la cabeza del capítulo *Alemania* explica la opinión que ha formado del estado presente de la antigua, grande y ahora modernizada nacionalidad germánica. Dice así ese epígrafe, copiando una frase de Federico el Grande: «El poeta y el Monarca no forman ya mas que una sola persona; el pueblo, objeto de mi amor, es ahora la única divinidad á la cual he de servir. ¡Adiós versos, conciertos, amigos: adiós también Voltaire!, mi Dios Supremo es en adelante mi deber.»

Los que conozcan el carácter del Grande hombre por su conducta y sus escritos, podrán observar toda la hipocresía que encierran los anteriores renglones; pero al mismo tiempo y comparando aquel tiempo con el que corre, actos y actos y palabras con palabras, podrá también sacar consecuencias que parezcan reproducción viva de lo que á mediados del siglo XVIII pasaba por sabiduría ó por maquiavelismo del *filósofo Sans-Souci*. Eso es lo que al parecer ha debido pensar el señor general Casanova al estampar la frase del que no solo tenía que despedirse de Voltaire, y no por patriotismo como quiso indicar, sino que de

Diderot, d'Alembert, Maupertuis y otras de sus inspiradores del *Anti-Machiavel.*

Una observación más merece esa parte del libro de que se da cuenta al fijarse en la historia en que se funda la esencia del capítulo «Alemania». Es la referente á la influencia que ejercieron en la reacción emprendida en Prusia al sentir el aguijón de Jena y Averstädt y llevada felizmente á cabo en 1813 cuando la retirada de Napoleón de Rusia, Stein, Scharnhorst y algunos de sus discípulos como Clausewitz, Gneysenau, etc.

De ahí viene la que pudiéramos llamar resurrección de Prusia, muerta siete años hacía á manos de Napoleón, aun regidas sus armas por los más celebrados discípulos del Gran Rey, maestros, á su vez, pero anticuados ya, impotentes ante la nueva escuela que los desacreditaría con la ruina de su patria en poquísimas semanas. «El tiempo moderno, según la frase copiada de Gneysenau, necesitaba algo más que apellidos, títulos y pergaminos; necesitaba vigor y fuerzas nuevas.»

Y el general Casanova se detiene en describir y comentar las reformas introducidas en la organización del ejército prusiano que, preparadas por el estadista Stein y puestas en práctica por el experto Scharnhorst, han acabado por constituir, con los consejos de Bismarck y Moltke, un modelo que se apresuran á imitar las potencias militares de la Europa continental. «La Industria y el Libertariado», cuyo estudio forma un capítulo, el III del de la nacionalidad alemana, reune con los anteriores que comprenden los reinados próximos á nuestro tiempo los motivos que produjeron los desastres de los primeros años del siglo XIX y su desquite hasta alcanzar con Guillermo II el estado floreciente en que se halla el hoy Imperio de Alemania.

A esos capítulos, por punto general históricos, sucede el referente á «La Paz y las Alianzas», cuyo título lleva, dividido en tres partes, donde, comenzando por el juicio de las conferencias de La Haya, propuestas por el Czar, continúa con algo de el del servicio obligatorio; y después de describir los efectos de las nuevas armas, acaba disertando sobre la probable duración de las guerras futuras.

Ni da olvido tampoco nuestro autor á la Armada, pues con la denominación de «La Talasocracia», incluye en sus múltiples lucubraciones una sobre las fuerzas militares navales que ha debido valerle el brillante y lisonjero informe que parece ha emitido sobre su obra la Junta Consultiva del Ministerio de Marina. En ese capítulo se recuerdan el primer armamento de las naves, refiriéndose, sin duda, á los combates en que los romanos, nuevos en las luchas marítimas, supieron arrebatar, desde que las emprendieron, á los cartagineses el imperio del Mediterráneo y con él la supremacía, el monopolio comercial que en él ejercitaban. Y con eso, el general Casanova saca á cuento la armada de Don Juan de Austria que, á su vez, arrebató en Lepanto ese imperio á los turcos que no dejaban isla del Egeo ni costa cristiana, en las de la Europa oriental, libre de sus brutales depredaciones. Y después de nuestra derrota de la Invencible y de las causas de tamaña desgracia, si debidas principalmente á los huracanes tan frecuentes en los mares que se proponía dominar, no en pequeña parte á la impericia de quien hubo de reemplazar al irreemplazable auxiliar del Gran Duque de Alba en la conquista de Portugal, dirige el Sr. Casanova sus observaciones al estudio, ya más práctico, de los nuevos armamentos navales, sus condiciones, los sacrificios que cuestan y los servicios que pueden prestar así en la guerra ofensiva como en la defensa de las naciones.

No me toca juzgar ese intrincadísimo asunto, ya juzgado por el cuerpo científico que acabo de citar, el más competente en esa materia, aunque mezclada en el escrito del general Casanova con la que se refiere á las fuerzas terrestres, cuyo examen apoya con las opiniones de tratadistas como nuestro eminente ingeniero el coronel Marvá, con Testa y Echegaray, cuyos nombres, todos distinguidos, le sirven para epígrafe de uno de los capítulos de su obra. Y ese, último de los de la segunda parte, la de «Las Nacionalidades», sirve al general Casanova para, con tal apoyo y el de sus mismas anteriores opiniones, reveladas en su excelente trabajo «Armas, defensas y organizaciones» que esta Academia recomendó en 1894, pero particularmente en las del ruso De Block, no hace mucho tiempo publicadas, entrar en una

disquisición curiosa de arte militar, así táctica como estratégica, antigua, comparada con lo que las armas, la *máquina* como algunos dicen, la historia de todos tiempos y la cultura moderna pueden haber hecho variar los caracteres de la guerra, sus métodos y efectos.

La *máquina*, decimos; y, con efecto, el armamento ha sometido las fuerzas combatientes á pruebas tan rudas que las han obligado á cambiar sus formaciones en la línea de batalla, el modo de sus embestidas, la táctica, en fin, que habría de dar la victoria al genio y al valor. No olvida eso el general, autor de la obra á que este informe se refiere; y después de en el capítulo anterior, «De Block (tan amigo es de citar nombres propios) y la Guerra», describir las transformaciones que ha sufrido el armamento, la *máquina*, y los estragos que en cada una de ellas se han dejado sentir, tan influyentes en la moral de los combatientes, pasa al estudio del cambio también que haya podido experimentar el arte de las maniobras.

La estrategia, sin embargo, no es variable sino en muy contados casos y en condiciones que, no el transcurso del tiempo ni la variación en las armas, hacen cambiar; solo la transformación del suelo, con la riqueza de los pueblos y el mejoramiento de sus comunicaciones, pueden dar lugar al cambio de los métodos con que atacarlos ó defenderlos. Se citan aquí Cannas y las Navas de Tolosa para recordar los efectos del armamento antiguo, y esos mismos ejemplos lo son para demostrar mi tema; porque el Gran Capitán dió por las exigencias del arte en ese mismo sitio de Cannas, en Cerignola, una de sus más decisivas batallas, y en 1810 atacaban los franceses el paso de Sierra Morena por los sitios que sirvieron á Alfonso VIII en 1212 para cruzarla y derrotar al Miramamolín almohade en el inmediato de las Navas.

Todo ese estudio de nuestro autor y estas últimas observaciones parecerían prematuras al considerar que va á ser aquél seguido de una tercera parte que, con el título de «La Milicia», nos ha de dar una como síntesis de las opiniones que con predilección ha adquirido en su larga carrera y que con manifiesta preferencia cultiva el general Casanova.

Tan es verdad esto, que al comenzar el capítulo á que se alude nos hace ver así esa pasión tan honrosa por el servicio de las armas que abrazó en su juventud. «Nuestro puesto (el de España), dice, por lo tanto, en esta gloriosa época (el siglo XVI) era el primero; nosotros mostramos al mundo, con antelación de tantos años en sus comienzos, los esplendores de una ciencia que no da máquinas, invenciones prodigiosas, comodidades rayanas en la molicie y causa de la muerte de los pueblos y de su total desaparición, no; nuestra ciencia, la militar, da más, mucho más: reparte vigor al cuerpo, templanza y sublimidad al espíritu y ofrece naciones é imperios, más aún, la hegemonía del mundo.

«¿A qué otra cosa puede aspirar el hombre? Pues á eso no llega mas que por las armas en la mayor parte de los casos; pero como para que las armas den su total rendimiento se impone el desarrollo intelectual y moral del hombre, el pueblo que á todo aspire lo alcanzará por esos caminos: por la educación, la instrucción y sus condiciones guerreras.»

Y el general Casanova acomete la tan grave como transcendental cuestión del servicio obligatorio, como fundamento del reclutamiento, primera piedra de la ingente fábrica de la reorganización del ejército. Cuestión es esa tan controvertida entre todas las clases de la sociedad que, aun aceptada por punto general, lo es con tan distintas condiciones que no se sabe cómo resolverla sin herir interés alguno de los muchos y diversos que afecta. Todo el mundo cree la ley necesaria; hasta justa y aun fácil en su ejecución la considera alguno; pero no falta, sin embargo, quien la tiene por inconveniente y perjudicial al servicio general del Estado en su administración. Han de precederle la educación militar en el pueblo donde se implante, y la instrucción también militar en los que van luego á ejercerlo en las filas. Aquélla, la educación, es, así como función esencial para la finalidad á que se aspira, la más difícil para llegar á ella. Eso de arrancar á la paz y al cariño de la familia, más luego, á la escuela en que se busca el estudio de los medios para la subsistencia y aun para la fortuna, y destinar el fruto de esos cuidados de la madre y del maestro á la guerra, esto es, al arte de hacer-

se matar, informa tal cúmulo de contrasentidos en el ser y la moral de la humanidad, que hay que apelar para explicarlo á una idea de muy superior fuerza, la del sentimiento de la Patria.

Ahora bien; esa santa abnegación, ¿es comprendida de igual modo y con la misma intensidad en todas las clases sociales del pueblo? El hogar de un habitante es parte de la patria de todos; pero ¿lo entienden todos así hasta posponer los afectos de la familia y los intereses propios al culto de la alta divinidad que representa el decoro, el orgullo, la independencia de la nación en que se ha tenido la fortuna de nacer? La educación militar, pues, augurando sujeción, abandono de intereses, tan caros al hombre, fatigas y peligros, ha de repugnar á muchos, y se hará de difícil ejecución entre las gentes, sobre todo, en quienes el sentimiento de la Patria no absorba todos los del corazón, las concupiscencias, innatas en el hombre, de los goces de la licencia, tan ajenos al honroso oficio de la Milicia. Eso, sin contar con las diferencias esenciales de cada pueblo, pues el mismo general Casanova, partidario decidido del servicio obligatorio con educación militar é instrucción anteriores, refiriéndose á su implantación en España, dice que resuelven poco esos procedimientos «aquí donde el atavismo impera, á la par de la política á tal extremo, que cada innovación, por más lógica y natural que sea, lleva aparejada multitud de intrigas, amenazas y disturbios, ¿porqué? pues porque faltan conceptos de deberes sociales, convencimientos morales del deber, y de ahí que no se acometan los problemas sociales que tanto afectan al bienestar de los pueblos, con aquella franqueza y energía que requieren».

No; hay otra causa, además, que en el asunto de que se trata produce el efecto que tan amargamente deplora y condena el general Casanova. El espíritu conservador de los españoles mantiene en ellos como en un tabernáculo sagrado la tradición de sus gloriosas gestas de todos tiempos, desde los más remotos hasta los próximos, en que, sin esa educación militar que ahora se les recomienda, han conseguido que el mundo admire su valor y su patriotismo, la eficacia particularmente de su modo pe-

culiar de combatir contra sus más poderosos enemigos. Lo he dicho en otra parte:

«En todas esas jornadas (las de la invasión romana, de los »bárbaros y la napoleónica), por demás instructivas para el co»nocimiento militar de nuestra nacionalidad, han podido obser»var los que las han estudiado que ha sido siempre igual la ma»nera de ejecutarlas en nuestros compatriotas, constituyendo una »costumbre característica en ellos, una ley bélica, podríamos de»cir, protectora eficaz de la independencia española, y única, »puede también decirse, en Europa.» Y ¿cómo así convencerles de lo contrario?

Aceptada la educación militar, la instrucción no ofrece tantas dificultades, implantada, que sea, á edad conveniente y en ocasiones oportunas. El general Casanova señala una y otras, glorificando la institución de ambos servicios. «Como podemos observar, dice, estos preceptos abarcan tres categorías: para con la Patria, para con los semejantes y para consigo mismo; pero todos están, aunque no aparezcan en sus doctrinas, íntimamente relacionados con los preceptos religiosos y sociales, á tal extremo, que consolidados forman un código perfecto de educación nacional que ha de enseñarse, no solo en las escuelas, sino en todos los centros docentes que no lleguen sus estudios á superiores; y vemos de qué manera el problema se va resolviendo, pues en nuestro juicio debe llegar la educación moral militar hasta que los niños acaben su primera y segunda enseñanza, y la instrucción militar, desde esta época hasta que cumplan tres años de prácticas, concluyéndose entre los dieciséis y diecisiete años, que se llegará á completar con la que reciban en el ejército á los tres años, en cuyo tiempo, si han olvidado algo de lo que aprendieron, resultará entre todas la menor contrariedad.»

Casanova pasa seguidamente á otro capítulo en que describe los procedimientos para obtener «La Estadística, el Reclutamiento y el Reemplazo» en los ejércitos; y, para eso, recorre la historia de los ejércitos de mayor fuerza en Europa, de Alemania, Francia y Austria, para con su estudio explicar luego sus

ideas y preferencias en el funcionamiento de los elementos todos de la Milicia.

Después de algunas observaciones estadísticas y definido el ejército según lo han hecho los á quienes concede mayor autoridad, el general Casanova describe la composición del de Alemania, aunque sucintamente, en todas sus partes, inclusa la de la educación en los *Centros militares*, de cuyo asunto forma un capítulo especial con ese mismo título, y que extiende á otros ejércitos para así compararlo. En ese estudio incluye luego *El Juego de guerra*, que debo calificar de fútil, estéril y tan solo de recreo, para después engolfarse en otra cuestión, la de *El Estado Mayor general*, que, ese sí, es de una gran importancia.

Yo me he declarado hace mucho tiempo, desde que puede decirse que se puso en moda, adversario de tal organismo que considero inútil para las funciones que muchos quieren atribuirle. No me detendré ni á exponerlas ni á criticarlas, porque la Academia estará demasiado fatigada de la audición de un informe que no á todos puede interesar. Yo, al nombrar el *Estado Mayor general* según generalmente se entiende y funciona en Berlín, recuerdo involuntariamente el célebre *Consejo áulico* de Austria, y la caústica frase de Bismarck en una de las cartas que dirigió á su mujer durante la guerra de 1870. En la de 22 de Noviembre la decía: «El complot (el de paralizar el ataque de París), si existe, tiene su asiento en el Estado-mayor que, en su conjunto, aparte del bueno y prudente Moltke, me desagrada: los éxitos se le han subido locamente á la cabeza, y temo con frecuencia que no seamos algún día castigados de esa arrogante vanidad; otros se cubren con el nombre de Moltke, él mismo se ha hecho viejo y deja andar las cosas como van. Los regimientos son los que nos sacan adelante, no los generales.»

Y basta.

Siguiendo el estudio de los *Centros docentes*, el general Casanova, y sin dejar de la mano, pudiéramos decir, á Alemania, nos describe las diferentes escuelas militares que la sirven para el reemplazo de su oficialidad, comparándolas con las de Francia y Austria-Hungría en capítulos distintos para, por fin, entrar en

la parte puramente científica que denomina con el título general de «*Los fusiles.—La Tormentaria.—El terreno, el municionamiento y el Gran Estado Mayor.*»

Describe el fusil tal como se usa en varias naciones, así como la tormentaria, eso es, la artillería, y cita sus modelos y los establecimientos en que se fabrican aquél y ésta. Eso le da lugar para no pocas curiosas é instructivas noticias y observaciones acerca de la industria militar en todo el mundo. *El Terreno*, luego, se lo da, al describir las ventajas que ofrece en las operaciones de la guerra, para presentarnos el juicio que el eminente geógrafo Eliseo Reclus, tiene consignado sobre la resistencia física y la agilidad de los españoles, juicio no diferente, por cierto, del de Vegecio: «El español bien dirigido, dice Reclus, es ciertamente, como por su parte ha consignado la historia, el mejor soldado de Europa: tiene la fogosidad del hombre del del Mediodía y la fuerza del hombre del Norte, sin sentir la necesidad, como éste, de sustentarse abundantemente.»

Al arma tiene que acompañar el proyectil y, al usarlo en la guerra, la manera de proveer de él á las tropas en el combate. No podía el general Casanova olvidar servicio tan importante, y lo recuerda en un capítulo, «El Municionamiento», en que, para atender á necesidad que, más que nunca, ha hecho ineludible el tiro rápido del fusil y del cañón, describe la serie, á primera vista inacabable, de vehículos en que han de transportarse las municiones, así como los medios más expeditos para distribuirlas á los cuerpos.

Y desde ahí es cuando, abandonando la parte de los elementos materiales con que ha de dotarse un ejército, penetra nuestro autor en la que corresponde al genio militar de quien se encarga de dirigirlo; comenzando por dotar también á ese de la cooperación de consejeros y agentes que le preparen, primero, y le ayuden, después, en su ardua y vital tarea.

No me detendré yo en la de rebatir el establecimiento de «El Gran Estado Mayor», que ya creo haberlo hecho, aunque con frases que el general Casanova tendrá por excesivamente breves y fáciles de refutar; en lo que llamaré la atención de la Academia

será en los capítulos siguientes, dirigidos á señalar la línea de separación que existe entre el «Arte y la Ciencia» militares.

Hoy es ya para los hombres pensadores una ley esa separación del arte y la ciencia que Casanova señala siguiendo las opiniones del malogrado Villamartín, de cuya obra magistral copia el brillante exordio con que encabeza el capítulo I de esta parte de la suya que estamos analizando.

El general Casanova proclama y defiende sus ideas en ese punto con calor y valiéndose de tan numerosa lista de escritores militares que, alguna vez, mejor que convencimiento del valor y de la exactitud de sus proposiciones, llega á causar dudas y hasta una confusión que perjudica al sentido á que se dirigen. Y es que su modestia, esa es la verdad, le hace buscar en datos de todo origen, y en opiniones no propias suyas, una autoridad para las que emite que sin duda teme no se le quiera conceder á pesar de tenérsela ya conquistada legítimamente en su larga carrera y con sus trabajos históricos y literarios, aplicados á la resolución de los mil variados y complejos problemas de la ciencia y arte militares.

Yo creo que la conjunción de ambos medios es lo que conduce á los éxitos á que se aspira en la guerra, ayudados de lo que otras ciencias y artes, productoras del material é indicadoras de su objeto y servicios, pueda hacer práctica y á veces fácil la inspiración del talento en los que mandan. El general Casanova busca en la Historia ejemplos con que fortificar sus ideas; y ese es, en nuestro concepto, el mejor camino. Clio suele estar representada con un libro en que escribe, y teniendo á sus pies muchos otros que deben servirle de consulta. Sin ellos, lograría producir una obra, excelente si se quiere, de espontánea y brillante inspiración, pero no de los que con el ejemplo del pasado guían al hombre en su conducta para lo porvenir. Así, el general Casanova, con los ejemplos dados por Gonzalo de Córdoba, el regenerador de la antigua y ya olvidada milicia, y los que aplicaron su doctrina, la extendieron y mejoraron, Gustavo Adolfo, el Gran Federico, Napoleón y, según él, Moltke, valiéndose cada uno de tan celebrados capitanes de los pro-

gresos en el armamento de su tiempo respectivo, el general Casanova, repito, va estableciendo jalones en el camino emprendido para deslindar la acción de la ciencia militar y la del arte en los campos de batalla. Hace, como otros muchos, ciencia de la estrategia y arte de la táctica, á pesar de que Napoleón nunca tomó el nombre de aquélla en la exposición de sus pensamientos militares, y de que hay varios, y entre ellos el competentísimo Almirante, que no la consideran sino como la parte más elevada y sublime de la segunda, pero siempre arte y solo arte.

No acabaría de disertarse sobre las diferencias que constituyen la por nadie determinada de una manera explícita y convincente entre la ciencia y el arte de la guerra, á cuyos éxitos no se puede, sin embargo, atribuir influencia alguna de la casualidad ni de la fortuna. Con razón copia nuestro autor los dos siguientes párrafos del libro de nuestro inolvidable amigo Villamartín, quien dice en ellos: «No, la guerra, como todo, es el desarrollo de un principio sujeto á leyes inmutables que el hombre no conoce sino á medias, y allí donde su talento no llega ha inventado la palabra *Fortuna* para explicar el efecto legítimo y natural de una causa que se desconoce».

«Cuanto más el hombre avanza por el horizonte del saber, el dato *Casualidad* tiene menos importancia en sus problemas, y al llegar á la sabiduría infinita, el dato ya no existe; solo la ciencia es la ley de los hechos y las cosas».

Y de «La Evolución histórico-técnica» se pasa en el libro del general Casanova á «La Evolución histórico-científica», en que, como en la precedente, se discute un asunto que en muy poco se diferencia del anteriormente expuesto, y en que se señalan todos los estudios que debe hacer y todas las enseñanzas que ha de atesorar un general en jefe para llevar cumplidamente su tan importante como difícil misión diplomática, política y militar. Conforme con esos pensamientos, comienza Casanova el capítulo siguiente, «La Estrategia», con estas palabras: «La coraza se ha pasado del pecho del hombre al barco, á la cureña y al fuerte; el soldado solo lleva al combate, en nuestros días, la salvaguardia de su inteligencia, que la educación y la instrucción

cultiva, del mismo modo que la de su general y su jefe lo hace la ciencia como señora y reina del mundo».

Pero más importancia aún que á la Estrategia parece dar el general Casanova á «La Logística»; y así lo indica esta frase suya: «Federico, fué táctico; Napoleón, estratégico; pero Moltke, fué el tipo logístico por excelencia: en estrategia pudo imitar á Napoleón, en táctica á Lord Wellington en algunas ocasiones; pero en logística no imitó á nadie mas que á sí propio; Moltke es, en nuestro concepto, el Gran Maestro de esta ciencia, la ciencia del método y del cálculo.....» «Ya, pues, tenemos á la Logística hecha ciencia también y arte cuando nuestro autor dice que todo constituye para la logística unos caracteres de existencia propia, como arte y ciencia, y dentro ó en contacto con las ciencias otras.....» En lo del paralelo de generales que nos hace, y en cuanto á las diferencias que entre ellos señala el general Casanova, se nos ocurre, sin embargo, decir: ¿No era táctico Napoleón al dar tanta importancia al Pratzen en Austerlitz, ni logístico al dar sus instrucciones para verificar la concentración del Grande Ejército sobre Ulma? El verdadero genio es más general que eso; y ni Federico ni mucho menos Moltke, pueden disputar á Napoleón ni una sola de sus cualidades militares.

Un moderno escritor ha consagrado todo un libro á demostrar que Napoleón, en cuanto á estrategia y logística, ha continuado siendo *el Maestro.* «No teniendo, dice, ni uno ni otro (Moltke y su rey) genio creador, lo han suplido con una organización meticulosa, con la división del trabajo y el desarrollo de la iniciativa en todos los grados de la jerarquía, en fin, con la institución de una escuela de mando.....», en una palabra, digo yo, del Grande Estado Mayor.

Expuestos los principios fundamentales de la Estrategia, la Logística y la Táctica; señaladas sus respectivas funciones, y comparando su acción y efectos en el plan, las maniobras y resultados de la guerra, da el general Casanova fin á su obra, aunque no sin dedicar sus cinco últimas páginas, con el título de «Conclusiones», á echar una ojeada á nuestra situación política y, deplorándola, pedir la unión de nuestros esfuerzos para su res-

tablecimiento á tiempos gloriosos para la Patria, á la que, así como á su soberano, dirige los elogios más calurosos y entusiastas.

La Patria, pues, y la Monarquía son los dos objetos á quienes dedica sus aspiraciones el general Casanova.

Y terminado el estudio y la exposición del libro del general Casanova, voy á emitir el juicio que me ha merecido y se me impone por nuestro ilustre Director, tal como lo entienda mi limitado conocimiento de los variadísimos asuntos que comprende.

Descartados algunos que considero ajenos á la misión oficial de esta Academia, y que ya han obtenido de otras su correspondiente informe, en todas, según noticias, favorables al autor, creo que en los demás hay materia cuyo examen le pertenece, siquier estén expuestos y discutidos con un fin esencialmente militar; como que en el arte de la guerra entra el conocimiento de la historia cual uno de los más eficaces términos para la resolución de sus complicadísimos problemas. El ejemplo es maestro en muchos casos, y no es poca la responsabilidad moral en que se incurre de no seguirlo. ¿A qué los insomnios del vencedor de Salamina, sino á la hazaña de Milciades en Marathon? ¿A qué la inquebrantable tenacidad de D. Mariano Alvarez en Gerona, sino á la del defensor de Zaragoza? El ejemplo mueve no solo á su imitación, sino á superarlo si es posible; y para eso sirven la leyenda, la tradición y la historia. Y de ahí los *paralelos* en que, precisamente y según ya se ha hecho notar, abunda la obra del general Casanova que, para demostrar sus proposiciones, técnicas ó no, se vale de la comparación de sus héroes y escritores predilectos según los tiempos en que brillaron por sus hazañas ó dieron sus lecciones en el gran libro de la Historia.

Ahora estamos en pleno período de romanticismo militar; hasta la vieja y sesuda Ingalaterra, como dijo nuestro Navarrete, hace sus pinitos por imitar en eso á sus antecesores étnicos. La moda es eminentemente avasalladora. ¿Nos tiranizará por mucho tiempo? Los veteranos hemos de resistirnos á aplaudirla, pero tam-

bién nos vemos arrollados ante la amenaza de que se nos llame perezosos y rutinarios. En tiempos anteriores, Napoleón era el ídolo ante el que todos quemaban el incienso de su admiración; y si se llegaba á someterle á comparaciones, sería con Alejandro, Aníbal ó César, con los héroes clásicos de la más remota antigüedad, griegos, cartagineses ó romanos, que se consideraban como maestros los más autorizados del arte de la guerra. Ahora han cambiado las cosas. Las águilas napoleónicas han salido de la lucha rotas las alas é impotentes para obtener la victoria; y, sin detenerse á estudiar la causa de tamaño desastre, se ha ido á buscar en las excelencias de otro carácter, de otro genio que, como Napoleón antes, resuma en su persona, natural, ciencia y y fortuna. Y el *bueno de Moltke*, como le llama Bismarck, maestro en eso de conocer á los hombres, recoge los laureles todos de una campaña cuyos resultados, asombrosos en varios conceptos, se deben principalmente al espíritu del pueblo alemán, despertado en 1813 y fortalecido en las guerras de los Ducados y de Bohemia, pero más, acaso todavía, en la preparación para la de 1870. Esa preparación, acusada á tiempo por el Barón Stoffel y desatendida en las Tullerías, sorprendió al ejército francés en su organización y en sus concentraciones, interrumpidas, una y otras, por un número de tropas enemigas que no se había calculado y una actividad que se creía ajena á la mal supuesta parsimonia germánica. No es, pues, solo á Moltke á quien el imperio alemán debe sus triunfos, su constitución y el alto renombre y la influencia que se le da en estos días, su casi hegemonía en la Europa continental.

El general Casanova es de los que rinden el homenaje de su admiración más encendida á Moltke. Yo no le sigo en eso. Ni Kutusoff, ni Bernadotte, Wellington, Blucher ni Staremberg podían compararse con Napoleón en genio y experiencia de la guerra; y, sin embargo, y aun vencidos cada día en las portentosas campañas de 1813 y 1814, acabaron por encerrarle en la isla de Elba, y poco más tarde, en 1815, en la de Santa Elena. A sus nombres va unida la fama de aquellas victorias de los Aliados en Alemania, Francia y Bélgica, como con el de Moltke,

según se lleva dicho, se cubrían sus subordinados al celebrar los triunfos que, al decir del entonces *ingenuo* Bismarck, *habían conseguido los regimientos, no los generales.*

Fuera de eso, en que nada tiene de particular no estemos el general Casanova y yo conformes, como no lo estoy con una gran mayoría de nuestros oficiales, por lo que dudo me asista la razón, hay, cual ya habrá podido observarse, otros puntos de sus variadísimas disertaciones militares en que, aun sin estar tampoco de completo acuerdo con ellos, revelan la vasta erudición de nuestro autor y sus indisputables talentos. Para exponer y discutir el tema de las *Nacionalidades* se necesitan conocimientos, y profundos, de la Historia Universal, y el general Casanova nos muestra ser íntimo su trato con los libros de los más celebrados autores, así como con los de Geografía, estudio, no solo complementario del de la ciencia *maestra de la vida*, sino imprescindible en su significación filosófica, esencial para cuantos la cultivan. Los orígenes de cada nacionalidad, su marcha y progresos, sus entronques con vencidos ó invasores hasta confundirse con ellos, y su historia sucesiva y establecimiento, para, no solo consolidarse, sino para influir en los destinos de las nacionalidades inmediatas, asuntos son que exigen minuciosas investigaciones, examen concienzudo y un criterio sin el que la ciencia queda manca, por lo menos, sin opimo y útil fruto. Pues bien, esas cualidades, adquiridas por el general Casanova con un estudio preliminar de cuantos conocimientos auxiliares necesita la Historia y el incesante y profundo del vasto é intrincado asunto objeto de su último libro, esas cualidades las posee y las revela elocuentemente en él.

Con tantos datos, pues, y esas condiciones, ha realizado el autor sus propósitos de enseñanza, puede decirse que universal, del arte de la guerra; pues ya se sabe que un general, quien haya de dirigir una campaña, sea en el propio país, pero sobre todo en otro extraño enemigo, necesita atesorar esos conocimientos y utilizarlos con prudencia y energía, con habilidad, en una palabra, de entendido y experto. Por eso se echa de menos en la Academia de Ciencias morales y políticas la presencia de

algunos oficiales del Ejército, ya que no es difícil ni será raro, cual lo demuestra la historia de todos tiempos, que se vean obligados en la guerra á ejercer las funciones cuyo estudio se cultiva en aquella docta Corporación. Sin ir más lejos, en nuestra propia historia tenemos ejemplos del uso de la política más refinada por generales que al dirigir las operaciones de la guerra las fortificaban con mezclarse en la administración interior del país en que maniobraban y en la gestión diplomática que hubiera de influir para debilitar la militar del enemigo. Los generales ingleses, Lord Wellington á su cabeza, hicieron más daño á Napoleón con sus artes, empleándolas hasta contra nosotros, que con sus armas, ayudados de la confianza que inspiraban á una parte del pueblo español y de la torpeza de los que lo gobernaban. Invadida la Francia en 1813 y durante toda la campaña, que se extendió hasta Abril del siguiente año, más se esmeró Lord Wellington en atraerse las voluntades de los habitantes que en agradecer la cooperación de sus aliados de siempre, los españoles, á quienes, cuando no le hacían falta, enviaba á nuestra frontera con el pretexto de que tomaban represalias excesivas de los atropellos cometidos por los franceses en España. *La vue purement militaire cède à la politique*, escribía el famoso general británico al francés Dumouriez, que desde Portugal mantenía con él una correspondencia militar técnica de grande interés.

Sin remontarnos á recordar los talentos en ese género de Alejandro, César y Napoleón, bástanos ese ejemplo reciente para demostrar la necesidad de que todo general entienda de esas artes de la política, así nacional como extranjera, si ha de llenar cumplidamente la misión militar que pueda confiársele. Y á ese propósito se ve dirigirse en gran parte el escrito del general Casanova antes de llegar á la última que comprende el estudio esencialmente técnico de «La Milicia».

Muy ejercitado en él y en su enseñanza, como aparece al frente de la obra en el informe de la Junta Consultiva de Guerra, al apreciar sus trabajos en ella y proponerle para una recompensa, que, efectivamente, se le concedió, ha podido discurrir larga y concienzudamente sobre los varios, diferentes y complejos pro-

blemas á que se refiere. Ya se habrá visto que nos hallamos no conformes con él en algunas de sus ideas militares; pero eso no obsta para manifestar aquí que, las expuestas en su libro, se hallan bastante generalizadas en el ejército, sobre todo en la juventud. Pruébanlo de una manera que sería muy difícil de negar, varios informes que, según noticias de la prensa periódica, han dado otros cuerpos facultativos muy autorizados, así como el premio recibido por el general Casanova en el Certamen militar celebrado en el teatro Lírico de esta corte, donde, y á presencia de S. M. el Rey y de un numeroso concurso de generales, se proclamó la valía científica de su obra.

Merece, pues, el señor general Casanova el aplauso de cuantos estudian y hayan de practicar los pensamientos que su obra encierra, y así creo yo que debiera manifestarse al Ministerio de Instrucción pública, por cuyo conducto nos la ha enviado el de la Guerra.

Madrid, 6 de Noviembre de 1903.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

V.

INSCRIPCIÓN ROMANA EN POLÁN (PROVINCIA DE TOLEDO).

La obligación en que me hallo de corresponder en la medida de mis fuerzas á la confianza que en mí depositó la Academia, encargándome de la publicación y el comento de las *Relaciones topográficas de España* correspondientes á la actual provincia de Toledo, constriñóme á emprender numerosos viajes por aquella región, tan interesante en el concepto histórico-arqueológico como poco conocida y estudiada hasta ahora, excepción hecha de la capital y de algunas, muy pocas, villas importantes.